



Tres Tazas de Té



GREG MORTENSON & DAVID OLIVER RELIN



rocabolsillo



Tres tazas de té

La lucha de un hombre
por promover la paz,
escuela a escuela





Tres tazas de té

La lucha de un hombre
por promover la paz,
escuela a escuela



Greg Mortenson
David Oliver Relin

Traducción de
Cristina Mbarichi Lumu

rocabolsillo

Título original: *Three Cups of Tea*
© 2006 Greg Mortenson y David Relin

Primera edición: enero de 2010

De la traducción: Cristina Mbarichi Lumu
© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S. L.
Marquès de la Argentera, 17, Pral.
08003 Barcelona
info@rocabolsillo.com
www.rocabolsillo.com

Diseño de cubierta: *imasd*
Fotografía de portada: Greg Mortenson

Impreso por Litografía Roses, S.A.
Energía 11-27
08850 Gavá (Barcelona)

ISBN: 978-84-96940-78-9
Depósito legal: B. 41.125-2009

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

A Irvin «Dempsey» Mortenson, Barry
«Barrel» Bishop y Lloyd Henry Relin, por
enseñarnos el camino mientras estabais
aquí.





Índice



| | |
|---|-----|
| En la órbita del Sr. Mortenson | 11 |
| Fracaso | 17 |
| El lado incorrecto del río | 29 |
| Progreso y perfección..... | 41 |
| El almacén..... | 49 |
| Quinientas ochenta cartas, un cheque | 65 |
| Los tejados de Rawalpindi al anochecer..... | 78 |
| El difícil camino a casa..... | 94 |
| Vencido por el Braldu..... | 110 |
| El pueblo ha hablado | 128 |
| Construyendo puentes | 139 |
| Seis días | 159 |
| La lección de Haji Ali | 173 |
| Una sonrisa debería ser algo más que un recuerdo..... | 195 |
| Equilibrio | 219 |
| Mortenson en acción | 231 |
| La caja de terciopelo rojo..... | 248 |
| Cerezos en la arena..... | 263 |
| La figura amortajada | 280 |
| Un pueblo llamado Nueva York..... | 299 |
| Té con los talibanes | 324 |
| Los zapatos de Rumsfeld..... | 344 |
| El enemigo es la ignorancia..... | 367 |
| Convertir piedras en escuelas | 387 |
| Agradecimientos..... | 409 |
| Nota | 413 |



Introducción

Por David Oliver

En la órbita del Sr. Mortenson

La pequeña luz roja llevaba parpadeando unos cinco minutos cuando Bhangoo le prestó atención. El general de brigada Bhangoo, uno de los pilotos pakistaníes de helicóptero con más experiencia en alta montaña, le dio unos golpecitos con el dedo al indicador de combustible.

—El instrumental de estos viejos aparatos no es del todo fiable —dijo.

No estoy muy seguro de si pensó que eso realmente me tranquilizaría.

Me acerqué a Bhangoo para mirar por la destartada ventanilla del helicóptero, un Alouette utilizado durante la guerra de Vietnam. A dos mil pies por debajo de nosotros, un río se retorció rodeado de rocosos despeñaderos que sobresalían a ambos lados del valle de Hunza. A la altura de nuestros ojos se veían verdes glaciares, brillando bajo un sol tropical. Bhangoo se mantenía imperturbable, tirando las cenizas de su cigarrillo por una ventana en la que había una pegatina que decía: «No fumar».

Desde la parte trasera del helicóptero, Greg Mortenson alargó su brazo para dar unos golpes en el hombro de Bhangoo y, gritando para hacerse oír por encima del ruido del motor, dijo:

—Señor, creo que vamos en una dirección equivocada.

El general Bhangoo había sido el piloto personal del presidente Musharraf antes de retirarse y aceptar un puesto en la

aviación civil. Había cumplido ya los sesenta años. Tenía el pelo cano y un bigote muy bien recortado y cuidado, como su acento inglés, herencia, seguramente, de su educación en una escuela colonial británica en la que también estudiaron Musharraf y algunos de los futuros líderes de Pakistán.

El general lanzó el cigarrillo por la ventana y expulsó el humo. A continuación, comparó la unidad de GPS que tenía sobre sus rodillas con el mapa que Mortenson había doblado por donde pensaba que realmente nos encontrábamos.

—Llevo sobrevolando la zona norte de Pakistán más de cuarenta años —nos dijo sacudiendo la cabeza—. ¿Cómo es posible que conozca el terreno mejor que yo? —Dio la vuelta al aparato y regresamos por el mismo camino por donde habíamos venido.

La luz roja, que antes tanto me preocupaba, empezó a parpadear más deprisa. La aguja indicaba que nos quedaban menos de cien litros de combustible. Esa zona del norte de Pakistán es tan inaccesible y remota que se necesita que alguien de confianza coloque barriles de combustible en puntos estratégicos a los que sólo se puede llegar con un todoterreno. Si no conseguíamos llegar a uno de esos puntos, estábamos en un aprieto, ya que la zona que sobrevolábamos no tenía áreas suficientemente niveladas como para hacer aterrizar el Alouette.

Bhango ascendió para tener la opción de autorrotar, el equivalente a planear para una avioneta, en caso de que nos quedáramos sin combustible y aceleró hasta alcanzar los noventa nudos. Justo cuando el indicador empezaba a pitar avisando de que el depósito estaba vacío, consiguió posar el helicóptero sobre una gran H dibujada con pintura blanca en una roca. Junto al improvisado helipuerto había unos cuantos barriles de combustible.

Mientras se encendía otro cigarro, Bhango comentó:

—Ha sido un paseo encantador, pero de no ser por Mortenson, podría haberse estropeado.

Una vez lleno el depósito, retomamos nuestro camino sobre el valle de Braldu hacia la aldea de Korphe, la última población humana antes de que el glaciar Baltoro comience su ascensión hacia el K2 y hacia la mayor concentración del mundo de picos superiores a los seis mil metros de altitud. Tras un fa-

llido intento de escalar el K2 en 1993, Mortenson había llegado a Korphe, demacrado y exhausto. En esa pobre aldea de cabinas de barro y piedra, las vidas de Mortenson y las de los niños del norte de Pakistán cambiaron de rumbo. Una noche, un montañero que había perdido su ruta se dormía junto a una pequeña hoguera hecha con excrementos de yak; y una mañana, en el tiempo que se tarda en atarse las botas y compartir una taza de té, se convertía en un filántropo con un nuevo camino que seguir durante el resto de su vida.

Al llegar a Korphe, el general Bhangoo y yo fuimos recibidos con los brazos abiertos, comida fresca e incontables tazas de té. Ninguno de los dos pudimos evitar emocionarnos mientras escuchábamos a los niños de la Shia de Korphe, una de las comunidades más pobres del mundo, hablar sobre cómo sus sueños y esperanzas de futuro se habían multiplicado desde que el gran americano llegara allí, hacía ya una década, para construir la primera escuela.

—Sabes —me dijo el general—, volando con el presidente Musharraf, he estado con muchos líderes mundiales, muchos hombres y mujeres excepcionales. Pero creo que Greg Mortenson es la persona más extraordinaria que he conocido jamás.

Cualquiera que haya tenido el privilegio de observar a Greg Mortenson trabajar en Pakistán no puede más que sorprenderse del conocimiento, casi enciclopédico, que ha ido acumulando a lo largo de los años sobre esta remota región. Son muchos los que acaban, casi en contra de su voluntad, arrastrados hasta su órbita. En la última década, desde que una serie de accidentes le transformaran de montañero a humanitario, Mortenson ha conseguido reunir uno de los equipos más eficientes, aunque probablemente menos cualificados, de entre todas las organizaciones de ayuda internacional.

Porteadores del Karakórum pakistání que, sin formación previa, han dejado sus trabajos y se han unido a él por unos salarios mínimos, motivados por la idea de que sus hijos puedan disfrutar de una educación que a ellos les fue negada. Un taxista que por casualidad recogió a Mortenson en el aeropuerto de Islamabad y que acabó vendiendo su coche para convertirse en su fiel ayudante. Talibanes que, tras conocer a Mortenson, renunciaron a la violencia y a sus opresivas ideas hacia las muje-

res y que ahora trabajan pacíficamente en la construcción de escuelas para las niñas de la zona. Ha ido reclutando voluntarios y admiradores de entre todos los estratos de la sociedad pakistaní y de entre las más conflictivas sectas del islam.

Lógicamente, hasta los periodistas más objetivos corren el riesgo de ser arrastrados a su órbita. He acompañado a Mortenson por el norte de Pakistán en tres ocasiones, volando hasta los más remotos valles del Himalaya, el Karakórum y el Hindu Kush en helicópteros que estarían mejor en un museo. Cuanto más tiempo he pasado viendo cómo trabaja, más me he convencido de estar ante alguien extraordinario. Todo lo que había escuchado con anterioridad sobre las aventuras de Mortenson construyendo colegios para niñas en las remotas áreas montañosas del norte de Pakistán, me parecía demasiado espectacular para ser verdad. La historia que escuché entre los cazadores de íbices de los altos valles del Karakórum, en los asentamientos nómadas de la frontera con Afganistán, en reuniones con la elite militar de Pakistán y entre incontables tazas de *pai-yu cha* en habitaciones tan llenas de humo que a veces no veía ni mi cuaderno de notas, fue muchísimo más increíble de lo que hubiera podido imaginar.

Llevo ya muchos años trabajando como periodista, investigando en la vida de otras personas, y he conocido a muchos personajes públicos a los que les encanta hablar de sus logros. Pero en Korphe, y en todas aquellas aldeas pakistaníes donde fui recibido con gran afecto y familiaridad porque otro americano había llegado antes para ayudar, he visto la historia de los últimos diez años de Greg Mortenson en toda su riqueza y complejidad y es algo que supera con creces lo que muchos de nosotros conseguiremos en toda una vida.

Ésta es mi forma de decir que en esta historia yo no podía ser un mero observador. Cualquiera que visite con Mortenson alguno de los cincuenta y tres colegios creados por el Central Asian Institute se acaba convirtiendo en un firme defensor de su causa. Y después de pasar noches enteras reunidos en *jirgar* con los ancianos de las aldeas, debatiendo y proponiendo nuevos proyectos, o enseñándole a una emocionada clase de niñas de ocho años cómo utilizar el primer sacapuntas que alguien se ha molestado en regalarles, o impartiendo una improvisada

clase en inglés a un aula llena de atentos estudiantes, me resulta sencillamente imposible seguir siendo sólo un reportero.

Como Thomas Fowler aprendería al final de *El americano impasible* de Graham Green, algunas veces, para ser humano, hay que posicionarse.

Yo elegí posicionarme al lado de Greg Mortenson. Y no porque sea un hombre carente de defectos. Su fluido sentido del tiempo me ha hecho casi imposible más de una vez determinar la secuencia de algunos acontecimientos (algo similar a lo que me ocurría al entrevistar a alguno de los nativos que trabajan con él y que tienen el mismo apego a una concepción lineal del tiempo que la persona a la que ellos llaman doctor Greg).

Durante los dos años que hemos trabajado en este libro, Mortenson ha sido, con frecuencia, tan exasperantemente impuntual que, en más de una ocasión, me planteé abandonar el proyecto. Mucha gente, principalmente en América, ha dejado de colaborar con Mortenson por esa misma razón. Pero me he dado cuenta de que, como suele decir la esposa de Mortenson, Tara Bishop, «Greg no es como nosotros». Él tiene su propio ritmo, consecuencia quizá de haber crecido en África y de pasar parte del año trabajando en Pakistán. Y sus métodos operativos (contratando gente sin experiencia basándose exclusivamente en su instinto o cerrando acuerdos con gente que no es de su agrado pero que puede ayudarle) aunque desconcertantes y poco convencionales, han conseguido mover montañas.

Para ser un hombre que ha conseguido tanto, Mortenson es increíblemente modesto. Cuando acepté escribir este libro, me dio una hoja en la que había impresos una docena de nombres. Era la lista de sus enemigos. «Habla con ellos —me dijo—, que digan lo que tengan que decir. Nosotros tenemos los resultados y eso es lo único que me importa.»

He escuchado a cientos de amigos y enemigos de Mortenson y por seguridad he cambiado algunos, muy pocos, nombres y localizaciones.

Este libro ha sido un trabajo en equipo. Yo he escrito la historia. Greg Mortenson la ha vivido. Juntos hemos repasado miles de borradores, hemos revisado vídeos y documentos recopilados durante más de una década, hemos grabado horas y horas

de entrevistas y hemos viajado para visitar in situ a los verdaderos protagonistas. Juntos le hemos dado vida a este libro.

Y, como he podido comprobar de primera mano en Pakistán, el Central Asian Institute de Mortenson ha conseguido increíbles resultados. En una parte del mundo en la que los americanos son, en el mejor de los casos, malentendidos y generalmente temidos y odiados, este corpulento montañero de Montana, con su tranquila y suave forma de hablar, ha logrado lo inimaginable. Aunque nunca lo reconocerá, ha conseguido cambiar con sus propias manos la vida de miles de niños y ha logrado por sí solo ganarse más cariño y comprensión que toda la propaganda americana diseminada por la región.

Así que esta introducción es también una confesión: no quiero simplemente contar la historia de este progreso. Quiero que Greg Mortenson triunfe en su misión. Le deseo éxito porque está luchando contra el Terror de la forma que yo creo que debe hacerse. Recorriendo con su destartalado Land Rover la llamada «autopista» del Karakórum y asumiendo un gran riesgo personal, está sembrando de escuelas la tierra que ha visto nacer a los talibanes. Mortenson le planta batalla a la verdadera causa del Terror cada vez que le da a un estudiante la posibilidad de recibir una educación equilibrada en lugar de estudiar en una madraza extremista.

Si los americanos queremos aprender de nuestros errores, de la forma tan ineficaz que, como nación, hemos conducido la guerra contra el Terror después de los atentados del 11-S y del fracaso con el que hemos intentado hacer llegar nuestro mensaje a la inmensa mayoría de musulmanes moderados, tenemos que escuchar a Greg Mortenson. Yo lo he hecho y ha sido una de las experiencias más reveladoras de mi vida.

David Oliver Relin
Portland, Oregón



Capítulo 1

Fracaso

«Cuando hay suficiente oscuridad, se pueden ver las estrellas.»

Proverbio persa

En el Karakórum de Pakistán, erizándose a lo largo de un área de apenas sesenta y tres kilómetros de amplitud, más de sesenta de las montañas más altas del mundo gobiernan con su austera belleza alpina una geografía indescriptible. A excepción de los leopardos de las nieves y los íbices, son tan pocos los seres vivos que han pasado por este yermo paisaje helado que la presencia de la segunda montaña más alta del mundo, el K2, no fue más que un rumor para el resto del mundo hasta finales del siglo XX.

Descendiendo desde el K2 hacia la poblada cuenca alta del valle del Indo, entre las cuatro agujas de granito onduladas de los Gasherbrums y los picos de aspecto letal de la Gran Torre de Trango, los sesenta y dos kilómetros de longitud del glaciar Baltoro apenas perturban la tranquilidad de esta catedral de roca y hielo. E incluso el movimiento de este río helado, que fluye a un ritmo de diez centímetros al día, es casi inapreciable.

En la tarde del 2 de septiembre de 1993, Greg Mortenson sintió que su viaje se había ralentizado. Vestido, al igual que sus porteadores pakistaníes, con un conjunto tradicional de *shalwar kamiz* color marrón y lleno de remiendos, tuvo la sensación de que sus pesadas botas de montaña lo estaban conduciendo por su cuenta, y con su propia velocidad glaciar, hacia el Baltoro, a través de una flota de icebergs alineados como si fueran las velas de un millar de barcos unidos por el hielo.

Mortenson esperaba encontrarse en cualquier momento con Scout Darsney, el miembro de su expedición con quien caminaba de regreso a la civilización, sentado en una roca, burlándose de su lentitud. Pero la parte alta del Baltoro es como un laberinto y es fácil que uno se desvíe de su camino. Mortenson aún no se había dado cuenta de que estaba perdido y solo. Se había alejado de la zona principal del glaciar por un ramal lateral que no conducía, como él pensaba, hacia Askole, un pueblo que quedaba a ochenta kilómetros y en donde esperaba dar con un conductor dispuesto a sacarlo de esas montañas, sino hacia el sur, hacia un laberinto impenetrable de hielo y hacia la peligrosa zona alta en la que soldados indios y pakistaníes se lanzaban proyectiles a través del aire.

Generalmente Mortenson habría prestado más atención. Se habría percatado de detalles tan vitales como el hecho de que Mouzafer, el porteador que como una bendición se había ofrecido voluntario a cargar con su pesado equipo de alpinismo, llevaba también su tienda y casi toda su comida, y hubiera mantenido el contacto visual con él. Y se habría fijado más en el intimidador paisaje que le rodeaba.

En 1909, el duque de Abruzzi, uno de los mayores alpinistas de su época, y quizás el experto más versado de sus tiempos en paisajes abruptos, dirigió una expedición de ascensión al Baltoro en un intento infructuoso de llegar al K2. La agreste belleza de las cumbres circundantes lo dejó atónito. «No hay visión comparable a aquélla en términos de belleza alpina —escribió en su diario—. Era un mundo de glaciares y peñascos, una visión increíble que podría satisfacer tanto a un artista como a un alpinista.»

Mortenson apenas se daba cuenta de que el sol se estaba poniendo al oeste, tras el dentado borde de granito de la Torre Muztagh, ni de que las sombras cubrían las laderas orientales del valle descendiendo hacia los afilados monolitos de los Gasherbrums. Aquella tarde estaba perdido en sus pensamientos, aturdido y absorto por algo que hasta entonces había desconocido en su vida: el fracaso.

Metió la mano en el bolsillo de su *shalwar* y tocó el collar de ámbar que su hermana pequeña Christa solía llevar. Mientras vivían en Tanzania, donde sus padres, oriundos de Minne-

sota, trabajaban como misioneros y profesores luteranos, Christa había contraído una meningitis aguda de la que nunca se recuperó. Tenía sólo trece años. Greg, doce años mayor que ella, se autonombró su protector. A pesar de que Christa se esforzaba por realizar tareas sencillas —necesitaba más de una hora para vestirse cada mañana— y de que sufría graves ataques epilépticos, Greg persuadió a su madre, Jerene, para que le permitiera cierta independencia. Ayudó a Christa a encontrar trabajo en la artesanía, le enseñó las rutas de los autobuses públicos de Twin Cities para que pudiera desplazarse con autonomía y, para vergüenza de su madre, le habló de los pormenores del control de natalidad cuando supo que salía con chicos.

Cada año Mortenson insistía en que su hermana pasara al menos un mes con él. No importaba dónde estuviera: sirviendo en el ejército estadounidense como médico y jefe de sección destinado en Alemania, trabajando en una diplomatura de enfermería en Dakota del Sur, estudiando la neurofisiología de la epilepsia en un curso de posgrado en Indiana (con la esperanza de descubrir una cura para Christa) o practicando alpinismo en California; al menos una vez al mes aprovechaban para pasar un tiempo juntos. Buscaban los espectáculos que más le gustaban a Christa. Fueron a ver el circuito Indy 500 y el Kentucky Derby, viajaron en coche a Disneylandia, y la guio por la arquitectura de su catedral personal en aquellos tiempos, las escalonadas paredes de granito de Yosemite.

Para su vigésimo segundo cumpleaños, Christa y su madre decidieron hacer un peregrinaje desde Minnesota hasta el maíz de Deyersville, Iowa, donde se había rodado *Campo de Sueños*, una película que Christa quería ver una y otra vez. Pero el día de su cumpleaños, pocas horas antes de partir, Christa tuvo un infarto generalizado y murió.

Tras la muerte de su hermana, Mortenson rescató el collar de entre sus enseres. Todavía conservaba el olor de la hoguera que habían encendido durante su última estancia juntos en California. Se lo llevó a Pakistán con él, atado a una bandera con una oración tibetana, como parte de un plan para honrar la memoria de su hermana pequeña. Mortenson era alpinista y había decidido el tributo más significativo que le podía rendir. Escalaría el K2, la cumbre más difícil de alcanzar de la Tierra,

según la mayoría de alpinistas, y depositaría el collar de Christa en su cima, a 8.611 metros de altitud.

Había crecido en una familia comprometida con proyectos realmente difíciles, como la construcción de una escuela y un hospital en Tanzania, en las laderas del monte Kilimanjaro. Pero, a pesar de la aparentemente incuestionable fe de sus padres, Mortenson todavía no se había decidido por la naturaleza de la divinidad. Solía donar ofrendas a cualquier deidad que habitara en una atmósfera superior.

Tres meses antes, Mortenson había llegado a atravesar aquel mismo glaciar calzando un par de sandalias sin calcetines y con una mochila de cuarenta kilos a su espalda. Había emprendido una caminata de ciento doce kilómetros desde Askole con un equipo formado por diez alpinistas ingleses, irlandeses, franceses y americanos, como parte de una expedición que pretendía alcanzar la segunda cima más alta del mundo. Contaban con muy poca financiación, pero con mucho coraje.

Comparado con el Everest, a 3.218 kilómetros hacia el suroeste de la cordillera del Himalaya, el K2, como casi todo el mundo sabe, es mortal. Para los alpinistas, que lo llaman «la cumbre salvaje», sigue siendo la prueba final, una pirámide escarpada de granito tan empinada que la nieve no puede adherirse a sus pronunciadas crestas. Mortenson tenía entonces treinta y cinco años y estaba en una excelente forma física. Cuando llegó allí, en el mes de mayo, no tuvo ninguna duda de que él, que había alcanzado la cima del Kilimanjaro a la edad de once años, que se había adiestrado en las escarpadas paredes de granito de Yosemite y que había realizado media docena de ascensiones por el Himalaya, pronto alcanzaría la que se consideraba «la mayor y peor cima de la Tierra».

Se había acercado muchísimo a la cima, que llegó a estar a tan sólo seiscientos metros. Pero había dejado atrás el K2, entre la neblina, y el collar seguía en su bolsillo. ¿Cómo era posible? Se limpió con una manga los ojos, empañados por unas lágrimas desconocidas que atribuyó a la altitud. Sin duda no se encontraba bien. Tras setenta y ocho días de lucha primaria en aquellas altitudes, se sentía como una débil y decadente caricatura de sí mismo. Sencillamente no sabía si le quedaban reser-

vas suficientes como para caminar otros ochenta kilómetros más por aquel peligroso terreno.

Un estruendoso ruido lo devolvió a la realidad. Observó cómo se desprendía una roca del tamaño de una casa de tres pisos y botaba y rodaba a lo largo de una ladera, hasta acabar pulverizando un iceberg que se encontraba en su camino.

Mortenson intentó entonces prestar más atención. Conseguió ver más allá de su desconcierto y vio cómo las sombras habían invadido ya las zonas altas de los picos orientales. Intentó recordar el tiempo que llevaba sin ver señales de otros humanos. Habían pasado horas desde que Scott Darsney había desaparecido descendiendo por el sendero que tenía enfrente. Una hora antes, o quizá más, había oído las campanas de las mulas de una caravana militar que llevaba munición hacia el glaciar de Siachen, un campo de batalla situado diecinueve kilómetros al sureste, donde el ejército pakistaní se hallaba enclavado debido a un perpetuo enfrentamiento con las fuerzas indias.

Recorrió el sendero en busca de señales. En cualquier punto del camino de regreso a Askole, se podría encontrar la basura dejada por los militares. Sin embargo, no había excrementos de mula. Tampoco colillas de cigarrillos. Ni latas de comida. Ni briznas del heno con que los conductores solían alimentar a sus bestias. Es más, se dio cuenta de que aquello no parecía un sendero en absoluto, era una simple hendidura en medio de un complejo laberinto de rocas y hielo, y se preguntó cómo había llegado a aquel lugar. Trató de reunir las fuerzas necesarias para concentrarse. Pero los efectos de la exposición prolongada a la altitud habían minado su capacidad para actuar y pensar con determinación.

Se pasó una hora subiendo a gatas una ladera de piedras, esperando alcanzar una posición estratégica por encima de las rocas y los icebergs, un lugar desde donde pudiera localizar el punto de referencia que estaba buscando, el gran promontorio rocoso de Urdukas, que se erigía por encima del Baltoro como un puño enorme. Pero al llegar a la cumbre, su única recompensa fue estar, si cabe, más cansado todavía. Se había desviado del sendero, ascendiendo trece kilómetros por un valle desierto, pero con la escasa luz del anochecer, hasta el contorno de las

cumbres que conocía tan bien le resultaba desconocido desde aquella nueva perspectiva.

Mortenson sintió cómo el pánico intentaba apoderarse de él, por lo que se sentó para evaluar la situación. En su pequeña mochila de día, descolorida por el sol, tenía una ligera manta de lana como las del ejército pakistaní, una botella de agua vacía, y una única barrita de proteínas. Su saco de dormir, toda su ropa de abrigo, su tienda, su estufa, su comida y hasta su linterna y sus cerillas estaban en la mochila que llevaba el porteador.

Tendría que pasar allí la noche y buscar el sendero a la luz del día. Estaba convencido de que, aunque la temperatura era ya bastante inferior a los cero grados, no moriría de hipotermia. Además, estaba lo suficientemente lúcido como para entender que, en la oscuridad, era mucho más peligroso tropezar con un glaciar en movimiento y caer por una grieta de hielo de varios metros de profundidad hasta las gélidas aguas subterráneas.

Bajándose del montículo de piedra en el que se había encajado, Mortenson buscó un lugar lo bastante apartado de las laderas de la montaña que le protegiera ante la posible caída de alguna piedra y que tuviera la solidez necesaria para no partirse bajo su peso hundiéndolo en las profundidades del glaciar.

Encontró una roca bastante plana que parecía lo suficientemente estable, llenó de agua de nieve su botella con las manos desnudas, y se envolvió con su manta, deseando no pensar en lo solo y expuesto que estaba. Tenía el antebrazo magullado por las quemaduras que se había producido con las cuerdas de seguridad durante el rescate, y sabía que tendría que rasgarse los ensangrentados vendajes y drenar el pus de las heridas que se negaban a curar a aquella altitud, pero se encontraba muy poco motivado para hacerlo. Mientras yacía tembloroso sobre la irregular roca, Mortenson observó cómo se consumía, hacia el oeste, la última luz del sol, tiñendo de rojo sangre las escarpadas cumbres que terminaban brillando sobre el oscuro fondo negro azulado.

Casi un siglo antes, Filippo de Filippi, médico y cronista de la expedición al Karakórum del duque de Abruzzi, había recogido en sus escritos la desolación que sintió en medio de aquellas montañas. A pesar de que estaba acompañado de dos docenas de europeos y de doscientos sesenta porteadores, de que

llevaban sillas plegables y juegos de té de plata y de que una flota de mensajeros les suministraba regularmente la prensa europea, se sintió reducido a la insignificancia por el carácter de aquel paisaje. «Un profundo silencio se apoderaba del valle —escribió— llegando a cargar nuestros espíritus con una pesadez indefinible. No puede haber lugar en el mundo donde el hombre se sienta tan solo, tan aislado, tan absolutamente ignorado por la naturaleza, tan incapaz de entrar en comunión con ella.»

Mortenson tenía experiencia con la soledad. Cuando vivía en África, había sido el único niño americano entre cientos de africanos y, ya en Estados Unidos, había acampado muchas noches a novecientos metros de altitud en la pared Half Dome del valle californiano de Yosemite. Quizá por eso en aquel momento se sintió a gusto. Si le preguntas la razón, lo atribuirá a la demencia inducida por la altitud. Sin embargo, cualquiera que haya pasado tiempo junto a él, que le haya visto persuadir con su tenacidad a un congresista, a un filántropo escéptico o a un caudillo afgano, hasta lograr obtener fondos atrasados, o alguna donación, o el permiso que buscaba para adentrarse en territorios tribales, consideraría aquella noche como un ejemplo más de la férrea determinación de Mortenson.

El viento empezó a soplar con más fuerza, llevándose consigo las últimas nubes que quedaban en el cielo. Mortenson intentó identificar los picos que sentía que se cernían amenazantes sobre él, pero no podía distinguirlos en medio de la oscuridad. Tras pasar una hora bajo su manta, pudo descongelar con el calor de su cuerpo su barrita de proteínas y derretir suficiente nieve para bajar la comida, cosa que le hizo estremecerse violentamente. Dormir en medio de aquel frío iba a ser totalmente imposible. Así que Mortenson permaneció tumbado bajo aquel cielo salpicado de estrellas, decidido a explorar la naturaleza de su fracaso.

Los líderes de su expedición, Dan Mazur y Jonathan Pratt, junto con el alpinista francés Étienne Fine, eran unos expertos y reconocidos alpinistas. Eran rápidos y hábiles, y su preparación física les permitía realizar con gran velocidad largos muy técnicos a gran altitud. Mortenson, por el contrario, era lento y tendía a ser pesimista. Su más de un metro ochenta de estatu-

ra y sus noventa y cinco kilos de peso le habían permitido estudiar en el Concordia College gracias a una beca de fútbol.

Aunque nadie lo determinó así, las tareas más lentas y pesadas de una expedición de alpinismo les fueron asignadas a Darsney y a él. Mortenson había hecho ya de mula de carga en ocho ocasiones diferentes, transportando comida, combustible y bombonas de oxígeno hasta el Japanese Couloir, una base situada en un promontorio que la expedición había instalado a seiscientos metros de la cima del K2 y desde donde se abastecía a los campamentos superiores para que los alpinistas que iban al frente pudieran recibir provisiones in situ cuando decidieran lanzarse hacia la cumbre.

Las otras expediciones a la montaña de aquella temporada habían elegido desafiar a la cumbre siguiendo el método tradicional, por el Espolón de los Abruzzos, la arista sureste del K2. Sólo ellos habían optado por la arista oeste, un camino tortuoso y de extrema dificultad, plagado de minas y con empinados y técnicos largos, que había sido escalado con éxito en una única ocasión, doce años antes, por el alpinista japonés Eiho Otani y su compañero pakistaní Nazir Sabir.

Mortenson aceptó el desafío con entusiasmo y se sintió orgulloso por la dificultad de la ruta que habían escogido. Y cada vez que llegaba a una nueva posición en el camino de ascensión por la arista oeste, y descargaba latas de combustible y bobinas de cuerda, se daba cuenta de que se sentía más fuerte. Probablemente era lento, pero empezó a parecerle muy realista el alcanzar la cumbre.

Una tarde, después de más de setenta días en la montaña, Mortenson y Darsney regresaron al campo base, dispuestos a disfrutar de un descanso bien merecido tras noventa y seis horas de ascensión en otra misión de reabastecimiento. Pero, mientras echaban un último vistazo al pico a través del telescopio justo después del anochecer, Mortenson y Darsney advirtieron una luz parpadeante en lo alto de esa arista occidental del K2. Pensaron que se trataba de los miembros de su expedición, que hacían señas con sus faros, e imaginaron que su compañero francés debía de estar en apuros. «Étienne era un *alpiniste* —suele decir Mortenson, subrayando con un exagerado acento francés el respeto y la arrogancia que puede sus-

citar el término entre los escaladores—. Solía desplazarse con rapidez y agilidad utilizando la mínima cantidad de instrumental. Y no era la primera vez que teníamos que echarle un cable por ascender demasiado rápido, sin aclimatarse.»

Mortenson y Darsney, dudando que tuvieran suficientes fuerzas para llegar hasta Fine tras acabar de completar un descenso agotador, buscaron voluntarios entre las otras cinco expediciones del campo base. No se ofreció nadie. Pasaron dos horas tumbados en sus tiendas, descansando y rehidratándose, a continuación recogieron sus bártulos y volvieron a salir en busca de sus compañeros.

Mientras descendían desde el Campo IV, situado a siete mil seiscientos metros, Pratt y Mazur tuvieron que luchar por sus vidas. «Étienne había ascendido para unirse a nosotros en un intento de llegar a la cima —explica Mazur—. Pero cuando nos alcanzó, sufrió un colapso. Mientras intentaba controlar su respiración, nos dijo que se oía una vibración en los pulmones.»

Fine estaba sufriendo un edema pulmonar, un encharcamiento de los pulmones inducido por la altitud que puede acabar con la vida de sus víctimas si no son evacuadas de inmediato a terrenos menos elevados. «Fue horrible —cuenta Mazur—. Étienne echaba espuma rosa por la boca. Intentamos buscar ayuda, pero habíamos dejado la radio en la nieve y no funcionaba. Así que empezamos a descender.»

Pratt y Mazur cargaron a Fine por turnos mientras descendían en rápel por los largos más pronunciados de la arista oeste. «Era como estar colgado de una cuerda atada a un gran saco de patatas —comenta Mazur—. Y teníamos que tomárnoslo con calma para mantenernos con vida.»

Con su moderación habitual, lo único que comenta Mortenson de las veinticuatro horas que tardó en subir hasta alcanzar a Fine es que fue algo «bastante costoso».

«Dan y Jon fueron los verdaderos héroes —declara—. Abandonaron su intento de alcanzar la cima para bajar a Étienne.»

Cuando Mortenson y Darsney encontraron a sus compañeros de equipo, en una pared rocosa cercana al Campo I, Fine se debatía entre la consciencia y la inconsciencia, y sufría tam-

bién un edema cerebral, la inflamación del cerebro inducida por la altitud. «Era incapaz de tragar e intentaba desatarse las botas», explica Mortenson.

Mortenson, que había trabajado como enfermero en una sala de urgencias traumatológicas, administró a Fine unas inyecciones de Decadron para disminuir el edema, y los cuatro agotados escaladores emprendieron una odisea de cuarenta y ocho horas para salvar a su compañero, arrastrándolo y descolgándolo por escarpadas paredes de roca.

A veces, Fine, cuyo inglés solía ser fluido, despertaba repentinamente para balbucear algo en francés. Mortenson recuerda que en los largos más técnicos, mostrando el instinto de supervivencia de un alpinista nato, Fine abría un poco los ojos y comprobaba sus accesorios de protección, antes de volver a dejarse llevar como un peso muerto.

Setenta y dos horas después de la partida de Mortenson y Darsney, el grupo había logrado bajar a Fine a terreno llano, a su campo base avanzado. Darsney se comunicó por radio con la expedición canadiense de más abajo, que transmitió su petición al ejército pakistaní de enviar un helicóptero Lama de rescate. De haberse realizado en aquel momento, hubiera sido uno de los rescates con helicóptero llevados a cabo a mayor altitud. Pero la base militar respondió que las condiciones meteorológicas eran demasiado adversas y el viento demasiado fuerte, de modo que ordenó la evacuación de Fine a un terreno de menor elevación.

Una cosa era emitir esa orden. Pero, para aquellos cuatro hombres sumidos en el más profundo cansancio, intentar ejecutarla era otra cosa muy diferente. Durante las siguientes seis horas, tras acomodar a Fine en un saco de dormir, tan sólo se comunicaron mediante resoplidos y quejidos, mientras le arrastraban en su descenso a través de la lluvia de hielo del glaciar Saboya.

«Estábamos tan exhaustos y al límite de nuestras fuerzas que, en ocasiones, tan sólo podíamos gatear para seguir avanzando», recuerda Darsney.

Finalmente, el grupo llegó al campamento base del K2, cargando a Fine en el saco. «Las demás expediciones subieron cerca de medio kilómetro por el glaciar para saludarnos y recibir-

nos como héroes —relata Darsney—. Después de que viniera el helicóptero del ejército pakistaní y evacuara a Étienne, los miembros de la expedición canadiense prepararon un copioso banquete y todo el mundo disfrutó de la celebración. Pero Greg y yo no podíamos ni comer ni beber, ni siquiera orinar. Caímos rendidos en nuestros sacos de dormir como si nos hubieran pegado un tiro.»

Mortenson y Darsney durmieron durante dos días seguidos. El viento penetraba en sus tiendas acompañado del inquietante sonido metálico procedente del Art Gilkey Memorial, un monumento levantado en memoria de un alpinista fallecido durante una expedición americana en 1953, en el que se habían ido colgando diversos utensilios de cocina, cada uno con un nombre grabado, en representación de los cuarenta y ocho escaladores que habían perdido la vida en la Montaña Salvaje.

Cuando despertaron, encontraron una nota de Pratt y Mazur, que habían reemprendido la subida hacia su campo de altura. En ella invitaban a sus compañeros de equipo a unirse a ellos en su nuevo intento por alcanzar la cima cuando se recuperasen. Pero su recuperación quedaba muy lejos. El rescate, que acababan de realizar justo después de su último descenso de aprovisionamiento, había agotado todas las reservas que tenían.

Cuando al fin salieron de la tienda, a ambos les costaba lo increíble el simple hecho de caminar. Salvarle la vida a Fine les había salido muy caro. A él, la terrible experiencia acabaría costándole la amputación de los dedos de los pies. A Mortenson y a Darsney el rescate les había costado cualquier valor del que pudieran armarse para llegar a la cima que tanto habían luchado por alcanzar.

Una semana después, Mazur y Pratt anunciaron al mundo que habían alcanzado la cima y volvieron a casa para disfrutar de su gran logro. Pero el número de platos que repicaban con el viento se multiplicó, ya que cuatro de los dieciséis escaladores que llegaron hasta la cumbre aquella temporada murieron durante el descenso.

A Mortenson no le interesaba que su nombre figurase en aquel monumento. Y a Darsney tampoco. Así que decidieron

hacer juntos el camino de regreso a la civilización, si es que podían. Perdido, reviviendo el rescate, solo bajo su fina manta de lana en las horas previas al amanecer, Greg Mortenson se esforzaba por encontrar una postura cómoda. Dada su altura, no podía estirarse completamente sin que la cabeza le quedara descubierta.

Había perdido trece kilos durante sus días en el K2, y por mucho que cambiara de posición, sus huesos, desprovistos de carne, parecían apretarlo contra la fría roca sobre la que se hallaba. Sumido en un estado de semiinconsciencia, hizo las paces con su intento fracasado de honrar a Christa. Decidió que era su cuerpo lo que había fallado, y no su espíritu, y que cada cuerpo tenía sus límites. Por primera vez en su vida, él había encontrado el suyo.



Capítulo 2

El lado incorrecto del río

«¿Por qué cavilar sobre el futuro para preverlo,
y hastiar al cerebro hasta la vana perplejidad?
Olvida tu preocupación, no interfieras en los planes de Alá.
Él los hizo sin consultarte.»

OMAR KHAYYAH,
LasRubaiyat

Mortenson abrió los ojos.

El amanecer era tan silencioso y tranquilo que no podía entender por qué sentía esa desesperada necesidad de respirar. Sacó como pudo las manos, que tenía enredadas entre la estrecha manta, y se las llevó a la cabeza que tenía sobre la fría y desnuda roca, expuesta a los elementos. Su nariz y su boca habían quedado selladas bajo una capa de hielo. Mortenson se desprendió de ella y pudo respirar hondo y con satisfacción. Entonces se incorporó, riéndose de sí mismo.

Había dormido lo suficiente como para estar totalmente desorientado. Mientras se estiraba e intentaba recuperar la sensibilidad frotándose con las manos los puntos entumecidos en los que la roca le había dejado marcas, observó a su alrededor. Las cumbres estaban teñidas de llamativos colores pastel —todos los rosas, violetas y azules celestes— y el cielo, justo antes del alba, lucía tranquilo y despejado.

Los detalles del aprieto que había pasado la noche anterior volvían a su mente al mismo tiempo que la circulación a sus miembros —todavía perdido, todavía solo—, pero Mortenson

no estaba preocupado. El amanecer hacía que viera las cosas de una forma distinta.

Más arriba, por encima del Baltoro, volaba en círculos un expectante gorak, que parecía rozar las altas cumbres con la punta de sus alas. Con las manos agarrotadas por el frío, Mortenson volvió a meter la manta en su pequeña mochila morada e intentó sin éxito desenroscar el tapón de la botella que aún tenía medio llena. La guardó cuidadosamente y se dijo a sí mismo que se la bebería en cuanto se le descongelaran las manos. El gorak, al ver que Mortenson se movía, continuó su camino en busca de otra fuente de alimento para su desayuno.

Quizá fuera por lo mucho que había dormido, pero Mortenson tuvo la sensación de que pensaba con más claridad. Volviendo la mirada hacia el valle por el camino por el que había llegado, decidió que si retrocedía siguiendo la misma ruta durante unas horas, no tardaría en volver a encontrarse en el camino correcto.

Emprendió la marcha hacia el norte, caminando sobre las rocas, esforzándose sólo para saltar alguna estrecha grieta, sólo cuando se lo permitían sus todavía entumecidas piernas. Empezó a cantar, al ritmo de sus pasos, una canción de su infancia que a menudo le venía a la cabeza. Cantaba en swahili, la lengua que habían utilizado en las misas de los domingos de aquella sencilla iglesia con vistas al Kilimanjaro. «*Yesu ni refiki Yangu, Ah kayee Mbinguni*» («Qué gran amigo es Jesús, que vive en el cielo»). Mortenson tenía la melodía demasiado arraigada como para valorar la originalidad de aquel momento: un americano, perdido en Pakistán, cantando un himno alemán en swahili. Sin embargo, en medio de aquel paisaje lunar de rocas y hielo azul, donde los guijarros que lanzaba desaparecían en segundos por entre las grietas salpicando al caer en los ríos subterráneos, la canción irradiaba una calidez nostálgica, como un faro del país que una vez había considerado su patria.

Así pasó una hora. Y otra más. Mortenson siguió su ascenso por un empinado sendero alejado del barranco que había estado recorriendo, caminó a gatas por una cornisa y llegó a una cumbre antes de que el sol se alzara por encima de las paredes del valle.

Fue como si le dispararan a los ojos.

El paisaje montañoso lo cegaba. Gasherbrum, Broad Peak, Mitre Peak, Torre Muztagh: aquellos gigantes revestidos de hielo, desnudos ante el abrazo de la luz directa del sol, ardían como hogueras de fuego.

Mortenson se sentó en una roca y bebió de su botella de agua hasta vaciarla. Pero no bebió lo suficiente de aquel paisaje. El fotógrafo Galen Rowell se pasó años, antes de su muerte en 2002 a causa de un accidente aéreo, intentando captar la belleza sin igual de esas montañas que acompañan al Baltoro en su descenso hacia tierras más llanas. Sus imágenes resultaban asombrosas, pero Rowell siempre sentía que no lograban compararse a la experiencia de estar allí, eclipsado por el espectáculo de lo que consideraba el lugar más bello de la Tierra, un lugar al que llamaba «la sala del trono de los dioses de las montañas».

Aunque Mortenson ya llevaba varios meses allí, se empapó del espectáculo de aquellas cumbres como si nunca antes las hubiera visto. «En cierto modo, nunca las había visto —explica—. Durante todo el verano había visto aquellas montañas como metas, totalmente concentrado en la más grande, el K2. Había pensado en su elevación y en los desafíos técnicos que representaban para mí como escalador. Pero aquella mañana —recuerda—, por primera vez, simplemente las vi. Fue asombroso.»

Siguió andando. Tal vez fuera por la perfección arquitectónica de las montañas —los amplios reveses y contrafuertes de granito granate y ocre que se formaban, con una intensidad sinfónica, hacia el solitario final de sus picos—, pero a pesar de su débil estado, de su falta de comida y de ropa caliente, y de sus escasas probabilidades de sobrevivir si no encontraba pronto alguna de esas dos cosas, Mortenson se sentía extrañamente contento. Llenó su botella en un hilo de agua derretida que fluía entre unas rocas, y se estremeció de frío al beberla. «La comida no será un problema durante unos días —se dijo a sí mismo—, pero debes acordarte de beber.»

Hacia el mediodía, oyó un ligerísimo tintineo de campanas y giró hacia el oeste en su dirección. Una caravana de burros. Buscó los montones de piedras que señalaban la ruta principal para descender el Baltoro, pero tan sólo encontró

roca esparcida aleatoriamente. Atravesando una angulosa morena lateral, la franja de detritos que se forma en el borde de un glaciar, se encontró de repente con una pared de mil quinientos metros que acababa con cualquier esperanza de seguir avanzando. Pensó que probablemente se había pasado de largo el sendero sin advertirlo, así que volvió sobre sus pasos, mirando hacia el suelo en busca de señales, en lugar de admirar con tanta fascinación las cumbres que le rodeaban. Treinta minutos después, descubrió una colilla de tabaco, y después un montón de piedras. Siguió caminando por un sendero poco definido hacia el sonido de las campanas, que ahora podía oír con mayor claridad.

No podía divisar la caravana. Sin embargo, de pronto, a una distancia de aproximadamente un kilómetro y medio, distinguió la figura de un hombre, de pie sobre una roca que sobresalía por encima del glaciar, perfilada contra el cielo. Mortenson gritó, pero su voz no llegaba tan lejos. El hombre desapareció un momento, y volvió a aparecer sobre una roca situada unos cien metros más cerca. Mortenson gritó con cuantas fuerzas tenía, y en esta ocasión, el hombre se giró bruscamente hacia él, descendió rápidamente de su posición y se perdió de vista. Ahí abajo, en el centro del glaciar, en aquella catacumba de rocas, vestido con unas prendas polvorientas de color piedra, Mortenson no era visible, pero sí podía hacer que su voz resonase más allá.

No podía correr, así que trotó, jadeando, hacia el último lugar donde había visto al hombre, gritando cada dos por tres con una potencia que le sorprendía a él mismo. Finalmente, vio al hombre, de pie al otro lado de una gran grieta y con una sonrisa aún más grande. Empequeñecido por la sobrecargada mochila North Face de Mortenson, Mouzafer, el porteador que había contratado para bajarlos a él y su equipamiento desde el campamento base, buscó la zona más estrecha de la grieta para saltarla sin esfuerzo, cargando a sus espaldas más de cuarenta kilos.

—Señor Gireg, señor Gireg —gritó, dejando caer la mochila para estrechar a Mortenson en un fuerte abrazo—. *Allah Akbhar!* ¡Gracias a Alá que está vivo!

Mortenson se tambaleó torpemente, perdiendo casi la res-